Bastante bueno.

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

Me ha gustado. Buena parte literaria con

Hola, me llamo María Valeriana, pero prefiero que me llamen Val. Me pusieron ese nombre en honor a mi abuela paterna, a la que, por desgracia, nunca llegué a conocer. Tengo 38 años y soy ingeniera de Minas, una pasión que me viene de familia. Mi padre era minero, y también el padre de mi padre, y el padre del padre de mi padre... y así sucesivamente hasta tiempos inmemoriales. Probablemente, si hiciera un árbol genealógico de mi familia en vez de ramas tendría que poner túneles de minas. Crecí en un pueblo del Norte de España, Rocanegra (un nombre muy apropiado teniendo en cuenta que abunda el carbón). Todavía recuerdo el "shock" cuando anunciaron el cierre de la mina, la principal fuente económica del pueblo. Mi padre decía que era cosa de la Unión Europea, que iban a cerrar todas las centrales térmicas que funcionaban con carbón porque eran muy contaminantes, y que su trabajo ya no tenía sentido. El cierre se anunció para el 31 de diciembre ("Esta noche vieja, va a parecer un funeral", recuerdo que comentó mi madre). La mina de carbón cerró, pero no sería la única. Los acontecimientos que sucedieron a continuación a punto estuvieron de hacer desaparecer el mundo tal y como lo conocemos.

Cinco años más tarde de la Cumbre del Clima de Madrid, que se celebró en 2019, todos los países del mundo tuvieron que firmar " El Protocolo de Estocolmo" -en honor a Greta Thunberg, que era sueca (amada por la mitad de la población mundial y odiada por la otra media)-. El motivo fue que comenzaron a producirse terremotos por todo el mundo. La causa: la extracción masiva de minerales estaba afectando a la corteza terrestre y al manto, lo que suponía un verdadero peligro para La Tierra. Al "efecto invernadero", provocado por las emisiones de gases como el co2, se unía otro peligrosa amenaza que tenía que ver con unas placas tectónicas, que parecían haberse vuelto locas. Incluso los presidentes de Rusia, India, China y Estados Unidos, que no habían firmado acuerdos anteriores sobre el cambio climático, tuvieron que rendirse a la evidencia y suscribir un drástico pacto: la prohibición total de cualquier actividad extractiva.

De la noche a la mañana, no había minerales para nada, lo que afectó a nuestras vidas por completo. Nunca me había parado a pensar que fueran tan necesarios. El precio de casi todos los objetos empezó a subir de forma desproporcionada, y algunos como el grafeno, que se utilizaba para fabricar dispositivos electrónicos y teléfonos móviles, comenzaron a costar más que el oro. Las comunicaciones se vieron muy afectadas, no había ninguna conexión a internet porque no se podían fabricar instalaciones de fibra óptica. No solo se veía afectada la tecnología, sino que cosas tan cotidianas como abrir un grifo se volvieron casi imposibles por falta de materiales para construir tuberías. Incluso los alimentos empezaron a escasear. Las medicinas y los materiales médicos

tampoco se podían reponer, lo que puso en peligro la vida de los enfermos. Tampoco volaban los aviones ni circulaban los trenes ni los coches. Las tiendas de ropa cerraron porque no tenían materiales con los que confeccionar sus productos. El Producto Interior Bruto de los países ricos se desplomó, y el de los pobres se hundió aún más, ya que la economía de muchos estados se fundamentaba en los recursos naturales que, ahora, no se podían extraer. Comenzó a haber violencia en las calles y muchos robos. Todo era caótico. Creo que La Tierra nos estaba dando una lección, era su forma de decirnos: ¡basta ya!

Seis meses después de la prohibición, los movimientos se detuvieron. Las medidas parecían haber tenido efecto y todo, poco a poco, volvía a la normalidad. Todos éramos conscientes de que años de actividad sin planificación casi nos habían llevado al desastre, por lo que decidimos empezar de cero y establecer una nueva relación con los recursos.

No había más que ver el paisaje de mi pueblo. Los más viejos del lugar siempre contaban que antiguamente todo estaba rodeado de frondosos bosques. Sin embargo, ya no quedaba nada de ellos. Muchos acuíferos se habían secado y otros estaban contaminados. Además, prácticamente había desaparecido la ladera de la montaña. Viendo aquello comprendí el toque de atención que nos había dado la naturaleza.

Cuando era niña una de mis aficiones era recorrer las cuevas de los alrededores del pueblo, pero había una que me gustaba más que las demás —yo la llamaba La Cueva Luminosa, porque en su interior había unas piedras que estaban esparcidas por el suelo—. Eran de un color grisáceo brillante y de forma irregular. Me parecían muy bonitas. Después me las llevaba a casa y las ponía en mi colección. No tenían ningún valor, pero me gustaba ver su brillo al ser reflejado con los rayos de sol de la mañana. Me acuerdo que jugaba con ellas, como si fueran joyas de mucho valor. A Raquel, mi mejor amiga, también le encantaban. Por eso decidí hacerle un collar por su 18 cumpleaños, justo un año después de la "Crisis de los Minerales".

Después de mucho esperar, por fin, había llegado el día en que Raquel cumplía 18 años —a mí aún me quedaban 2 meses—, pero estaba tan emocionada, que parecía que fuese mi propio cumpleaños. Era sábado y me dirigí con el regalo envuelto en un bonito papel azul y rosa hacia su casa. Cuando llegué, llamé a la puerta.

- ¡Felicidades!, grité cuando abrió.
- Eres las primera en felicitarme, me respondió.

- Para ti, le dije mientras alargaba el brazo y le ofrecía el paquetito con un envoltorio azul y rosa.
- No hacía falta que me hicieras un regalo.
- Solo es un pequeño detalle. Raquel, con sumo cuidado, abrió la cajita.
- Val... es precioso.
- ¿Quieres qué te lo ponga?
- Sí, por favor
- La verdad es que te queda bastante bien, le dije
- ¿En serio?
- Sí.
- Bueno, ¿dónde está tu madre?, pregunté
- Trabajando en el bar, como siempre...
- Bueno, no pasa nada. Me quedo un rato contigo.

La madre de Raquel trabajaba en un bar. Era la propietaria. Lo había comprado con la indemnización que le pagaron después del accidente de la mina de 2003, en el que habían muerto 12 mineros, entre ellos el padre de Raquel.

- Val, tengo que decirte algo muy importante.
- ¿Qué es?
- A lo mejor mi madre y yo dejamos el pueblo...
- ¡¿Por?!
- Ya no hay clientes en el bar porque todo el mundo se ha ido y es momento que yo también lo haga
- Me vas a dejar aquí sola...
- Seguiremos en contacto, te escribiré todos los días.
- ¡No es lo mismo!, grite.
- Val, por favor.

Salí corriendo. Me aterraba la idea de quedarme en el pueblo sola sin Raquel. Tampoco sabía qué iba a ser mí y de mi familia. Mi padre sin trabajo, mi madre agobiada, yo sin mi mejor amiga y encima el mundo casi se había hundido.

Me refugié en mi casa, subí a mi habitación y encendí el televisor para no pensar demasiado. En la pantalla, apareció una mujer rubia de ojos claros, que explicaba todas las acciones que los líderes y expertos del mundo habían tomado para que la extracción de minerales fuese lo más sostenible posible. A partir de ese momento, el reciclaje sería fundamental, se pondrían importantes multas a quienes no lo cumplieran. Todo el mundo tendría que aprovechar los objetos lo máximo posible, solo se podrían extraer los minerales estrictamente necesarios, no se podrían utilizar ningún tipo de compuesto químico ni voladuras y por cada tonelada extraída se tendrían que plantar mil árboles. Además, solo podrían dedicarse a esta actividad personal cualificado y los salarios serían dignos, incluso en los países pobres. "Ojalá esto se pudiera hacer en mi pueblo", pensé. Pero ya era demasiado tarde, la mina de carbón ha desaparecido, y con ella el trabajo de mi padre, mi mejor amiga y pronto todo el pueblo.

A principios de verano, mis padres me contaron que iba a venir un chico nuevo al pueblo. Era hijo de una amiga de mi madre de Madrid, y se iba a quedar una temporada con nosotros. A la semana siguiente, llegó. Era un joven con el cabello castaño y ojos verde esmeralda. Tendría más o menos 25 años de edad ("un poco mayor para mí", pensé, pero no cabía duda de que era guapo, muy guapo). Trabajaba como científico en el departamento de investigación de una empresa energética. Me presenté amablemente ante él.

- Hola, soy María Valeriana, pero prefiero que me llamen Val, un gusto.
- El placer es mío, Val, yo soy Gil (Yil).
- ¿Gil?.
- Jose Gilberto, pero me gusta más Gil.
- ¿Y qué hace un chico de ciudad como tú aquí?
- Pues, como ya te habrán comentado tus padres, soy científico, y me dedico a encontrar nuevas fuentes de energía. Mi empresa me ha destinado aquí, porque dicen que en algunas antiguas minas de carbón se ha encontrado un nuevo mineral, el Yukirio, capaz de almacenar la energía sin contaminar. ¡Increíble! Me pareció un chico amable y encantador, y fue fascinante que tuviera un nombre fuera de lo normal al igual que yo. Mientras hablaba, por mi cabeza pasaba el pensamiento de que me podría llegar a gustar —"no, es demasiado mayor", recapacité—.
- Val, cielo, enséñale el pueblo a nuestro invitado, dijo mi madre
- Claro, mamá.

Fuimos a bastantes sitios, a la plaza, a la iglesia, al ayuntamiento... Y al final fuimos al bar de la madre de Raquel a tomarnos algo. Estaba medio vacío, como siempre, pero para mi sorpresa estaba Raquel.

- Hola, Raquel.
- Val, ¿qué haces aquí, y quién es ese?
- Este es Gil.
- Pues, hola Gil.
- Hola Raquel, Val me ha hablado muy bien de ti.

Me di cuenta de que Gil tenía su mirada fija en Raquel, que llevaba puesto mi regalo de cumpleaños. Ella es bastante guapa, y la verdad me sentí un poco celosa (pero insisto, era demasiado mayor para mí).

- Yukirio, susurro Gil.
- ¿Yu...qué?, dijimos al unísono Raquel y yo.
- El Yukirio es el mineral con el que estamos trabajando en mi laboratorio, ¿de dónde lo habéis sacado?
- De la Cueva Luminosa, está cerca.
- ¿Me podéis llevar?, pregunto Gil.

Cogimos el coche de la madre de Raquel y nos dirigimos a la cueva. Pero antes fuimos a casa para que Gil cogiera su equipo de minería. Llegamos y nos adentramos en la oscuridad de la caverna. Gil, muy preparado, nos dio una linterna a cada una y pronto encontramos la primera piedra y, después, la segunda y, luego, otra. El chico no daba crédito. Resultó que no sólo la cueva estaba llena de Yukirio, sino también toda la comarca. Tantos años volcados en el carbón y nadie se había dado cuenta de aquellas piedras brillantes, que ahora significaban un rayo de esperanza, no solo para mi pueblo, sino también para el mundo.

Han pasado 20 años desde que entramos con Gil en la cueva. Hoy, soy la directora de la Mina de Yukirio de Rocanegra, la mayor de toda Europa. Gracias al compromiso de todos, ya no hubo más temblores. Es como si la Tierra y los hombres, por fin, se entendieran.

Nuestra mina es 100% sostenible. Extraemos el mineral con sumo cuidado y sin excedernos de las cantidades fijadas por la Ley. El Yukirio tiene la ventaja de necesitar muy poca cantidad para almacenar la energía y, además, es fácilmente reciclable. Mi pueblo se ha convertido en una zona de alto valor ecológico, a lo que ha contribuido los lagos artificiales que se han construido donde antes se encontraban las viejas canteras. En estos 20 años el paisaje se ha transformado, y donde antes había un entorno árido, ahora, es un auténtico vergel, gracias también a las acciones de repoblación de árboles. Muchas aves migratorias han elegido Rocanegra para anidar. Y es que se podría decir que ha vuelto a la vida. Además de la actividad de la mina de Yukirio, el turismo ha florecido. Se han creado hoteles y restaurantes (todos ecológicos que se abastecen con su propia energía limpia). También hemos convertido los antiguos pozos mineros en una atracción para visitantes. En las visitas, enseñamos cómo se extraía el carbón, porque no queremos olvidar nuestros orígenes y nuestra historia. Raquel es la directora de nuestro museo minero, y se le da de maravilla. Y también hemos creado una fundación, que ofrece becas a los mejores proyectos de investigación relacionados con la minería.

Creo que, entre todos, hemos hecho un buen trabajo, pero también hemos contado con la ayuda de alguien muy especial, mi marido, Gil. A pesar de ser demasiado viejo para mí, finalmente, no me pude resistir a sus encantos, que son muchos, y nos casamos. Tenemos 2 hijos (sin nombres larguísimos). Tanto Gil como yo, de vez en cuando, les contamos la historia de cuando La Tierra se rebeló y no nos dejaba extraer minerales, para que nunca olviden que el planeta es nuestro hogar y que tenemos que cuidarlo. Finalmente, fue generoso y, al igual que pasó con Rocanegra, todos tuvimos una segunda oportunidad. Ojalá sepamos aprovecharla.

Ingrid Soria Ruiz.
S1A.
Mirabal International School.